

ÉTICA COSMOPOLITA

Una apuesta por la cordura en tiempos de pandemia

ADELA CORTINA



En medio de esta pandemia letal se oyen a menudo dos preguntas: ¿saldremos de ésta? y ¿qué habremos aprendido para el futuro? Y sí, saldremos de ésta, aunque muchos se quedarán —o nos quedaremos— por el camino, porque todas las epidemias se han superado mal que bien. Lo que sucederá en el futuro dependerá de cómo ejerzamos nuestra libertad, si desde un «nosotros» incluyente o desde una fragmentación de individuos con la que los ideólogos juegan para hacerse con el poder. Es en este aspecto en el que demostraremos que hemos aprendido algo.

El género humano se ve confrontado con retos universales y tiene que responder desde distintas instancias: una de ellas es la ética, porque es el saber que se ocupa de los fines. No basta, aunque son necesarias, las normas y costumbres morales de los niveles micro de las sociedades; es necesaria, por primera vez en la historia, una ética para el nivel macro que se haga cargo de los fines comunes de la humanidad: una ética cosmopolita.

En *Ética cosmopolita*, **Adela Cortina** propone diseñar una ética a partir del sentido de la justicia, de la indeclinable aspiración a la libertad y de la compasión, que es el verdadero camino del corazón humano.

«[L]o esencial en la comunidad política es una ciudadanía madura, una sociedad civil vigorosa, capaz de pensar y querer por sí misma, reacia a la polarización. Y no sólo por un egoísmo de grupo, sino porque nos importamos unos a otros».

Adela Cortina

ADELA CORTINA



@Beatriz Tafaner

Adela Cortina es catedrática emérita de Ética y Filosofía Política de la Universidad de Valencia y miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas; fue la primera mujer que ingresó en esta Academia desde su fundación en 1857. Es directora del Grupo de Investigación «Éticas aplicadas y democracia» de la Universidad de Valencia y de la Fundación ÉTNOR. Asimismo, es doctora *honoris causa* por diversas universidades nacionales y extranjeras, y en distintas ocasiones ha formado parte del jurado de los Premios Príncipe y Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades y de Ciencias Sociales. Es Premio Internacional de Ensayo Jovellanos 2007 y Premio Nacional de Ensayo 2014.

Entre sus obras cabe destacar *Ética mínima*, *Ética sin moral*, *Ética aplicada y democracia radical*, *Ciudadanos del mundo*, *Por una ética del consumo*, *Ética de la razón cordial*, *Las fronteras de la persona*, *Justicia cordial*, *Neuroética y neuropolítica*, *¿Para qué sirve realmente la ética?* y *Aporofobia, el rechazo al pobre*, estas dos últimas publicadas en Paidós.

SUMARIO

Introducción. Los desafíos del coronavirus

1. De la muerte de la muerte al cuidado de la vida

2. La experiencia de la vulnerabilidad

1. La vida humana: un mestizaje de quehacer, quehacerse, dejarse hacer
2. La vulnerabilidad nos constituye
3. Un componente de la vida buena
4. Ética del cuidado
5. Ética de la responsabilidad
6. Ética cordial: respeto a la dignidad, compasión por los seres vulnerables

3. Cuidar la democracia. El peso de lo intangible

1. Tiempos de recesión democrática
2. Una democracia liberal-social
3. Ética cívica para que la democracia funcione
4. El peso de lo intangible

4. ¿Seguridad frente a libertad?

1. No dilemas, sino problemas
2. La seguridad, un valor en alza
3. ¿Es el totalitarismo más eficiente para salvar vidas?
4. Recurrir a los *big data* y proteger la privacidad
5. Cultivar la intimidad

5. No hay vida sin buena economía

1. Un momento decisivo para las empresas
2. La irrenunciable apuesta de la Unión Europea y Latinoamérica
3. El corazón de Europa
4. Construyendo la ciudad justa
5. Retos pendientes en la construcción de la ciudad
6. Luces y sombras de la televisada

6. Gerontofobia: un atentado suicida contra la dignidad humana

1. Desenmascarar la gerontofobia

2. El mapa de la edad: un mundo nuevo

3. El aumento de la longevidad es una buena noticia

4. Triage. Toda vida humana tiene igual valor

5. Tiempo de dejarse hacer. Residencias y ayuda domiciliaria

7. Humanidades y tecnociencias: juegos de suma positiva

1. No hay sociedad democrática sin cultura democrática
2. ¿Declive de las humanidades?
3. Fecundidad y utilidad de las humanidades
4. Las humanidades incrementan el PIB
5. El rocío que empapa la tierra

8. Cuidar la palabra

1. ¿Nos queda la palabra?
2. Construcción ideológica de la realidad. Posverdad y significantes vacíos
3. Periodismo imprescindible

9. Ciudadanía democrática: razón y emociones

1. Déficit emocional en las teorías liberales de la democracia
2. Cuatro modelos de ciudadanía democrática
3. Democracia radical: un entramado de razón y sentimientos

10. Ética cosmopolita. El momento kantiano

1. Desde la cordura
2. ¿Qué es el cosmopolitismo?
3. Ética cosmopolita
4. Un proyecto educativo, político y jurídico
5. Ciudadanía social cosmopolita
6. El legado kantiano

11. Un cosmopolitismo arraigado y cordial

1. Justicia global en el siglo XXI
2. Nuevos mimbres para una sociedad cosmopolita
3. Ética cosmopolita desde el reconocimiento cordial
4. Razones para la esperanza

Bibliografía

Notas

EXTRACTOS DEL LIBRO

Introducción. Los desafíos del coronavirus

«Las pandemias, como la de la COVID-19, tienen consecuencias sanitarias, sociales, económicas y medioambientales, a las que los países deben hacer frente con medidas institucionales, tanto en el nivel local como en el global. Pero conviene recordar que esas medidas se toman siempre desde un *êthos*, desde el *carácter* que han ido forjándose esos países día tras día antes de la crisis y a lo largo de ella, porque el presente y el futuro no se improvisan, sino que se gestan en las decisiones de la vida cotidiana, personales y compartidas, que van conformando ese *êthos*. Un carácter que impregna las instituciones políticas, jurídicas, económicas y sociales, conformando ese humus al que Hegel daba el nombre de *eticidad*. El tiempo es una magnitud continua, y más aún el tiempo humano, porque lo que se hace en el presente va condicionando el rumbo del futuro. De esto quiere tratar este libro, de algunos de los retos que han salido a la luz con toda claridad a lo largo de la crisis y de algunas propuestas que conviene cultivar para hacerles frente.

Atendiendo al consejo de Maquiavelo, que ya había anticipado Aristóteles, no se trata de soñar utopías, repúblicas imaginarias que nunca han existido y nunca existirán. De ahí que lo más prudente sea ir espigando cuáles son las mejores tendencias que han ido emergiendo para hacer frente a los problemas planteados por las crisis, y cuáles, por el contrario, han mostrado ser causas de las crisis o al menos obstáculos para superarlas. Potenciar las primeras y hacer lo posible por desactivar las segundas es la única forma de construir un mundo a la altura de lo que merecen la dignidad de las personas y el valor de la naturaleza.

Es verdad que en cualquier proyecto de futuro es preciso evitar la tentación de creer que todo está en nuestras manos, porque no basta con ejercer la *virtú*, sino que es necesario contar también con ese imponderable que es la fortuna. Tal vez no para cogerla por los cabellos, como pretendía Maquiavelo, pero sí para prevenirse frente a ella, o, lo que es mejor, convertirla en aliada».

pp. 9-10

CAPÍTULO 2: LA EXPERIENCIA DE LA VULNERABILIDAD

2. La vulnerabilidad nos constituye

«Un ser vulnerable es el que tiene la capacidad de ser herido, lesionado, física o moralmente. En este sentido, todos los seres vivos son vulnerables, y, por lo tanto, lo somos los seres humanos. Esta dimensión ineliminable puede expresarse en términos ontológicos de finitud, de limitación, de contingencia, en cualquier caso, todo ello remite a ese poder ser dañados de quienes están en manos de la fortuna interna o externa, como ha mostrado una vez más la crisis de la COVID-19. Porque grupos vulnerables son los que están expuestos al riesgo de una manera desproporcionada, pero quien forma parte de ellos puede ir cambiando. Al comienzo de la crisis eran los ancianos, las gentes con comorbilidades, las gentes sin hogar, pero se fueron sumando personas que al principio no eran vulnerables y acabaron siéndolo más tarde al perder el trabajo o ser afectados mental o físicamente.

[...]

Vulnerable es entonces el que no se basta a sí mismo, el que no es autosuficiente y, por lo tanto, depende de otros, depende de la fortuna interna o externa a lo largo de su vida. Y no cabe duda de que los seres humanos somos dependientes, o, mejor dicho, interdependientes.

De hecho, el ser humano es un ser desvalido biológicamente, al nacer no posee las cualidades que le permiten adaptarse, porque es un animal deficitario. En comparación con los demás animales, es un “ser de carencias”, en cuanto a posibilidades de adaptación y especialización. Se hace viable por la inteligencia, que es la facultad de prevenir, de transformar las carencias adaptativas en oportunidades vitales. Curiosamente, la inteligencia no ajusta al hombre a un medio, sino que le sitúa en un nivel superior, el del mundo. El medio está cerrado, y la respuesta, prefijada, mientras que el mundo es abierto y es preciso crear la respuesta, desde una vida que siempre es frágil y está abocada a “situaciones límite”, por decirlo con Karl Jaspers.

Sin embargo, y a pesar de que la biología y la antropología filosófica reconocen el carácter vulnerable del ser humano, voces autorizadas de nuestros días denuncian que la ética occidental ha intentado obviar la vulnerabilidad, en vez de asumirla como una parte ineludible de cualquier proyecto de vida buena, y que esa ha sido una opción equivocada».

pp. 28-30

CAPÍTULO 4: ¿SEGURIDAD FRENTE A LIBERTAD?

3. ¿Es el totalitarismo más eficiente para salvar vidas?

«Así parece entenderlo parte de la población, como señalan algunos autores, refiriéndose a China. Según ellos, “el confinamiento masivo dibujó una historia de éxito”, la disciplina confuciana se ha medido con la democracia liberal, porque en tiempos de tribulación el miedo hace preferir la seguridad a la libertad. Pero ¿es acertada esta creencia? ¿El proceder del Gobierno chino ha sido realmente una historia de éxito? ¿Para proteger las vidas es preferible un sistema totalitario a la democracia liberal-social? ¿Es más seguro?

Podría responderse que una vida sin libertad no merece ser vivida, pero esto suelen decirlo quienes tienen la supervivencia bien asegurada. No es extraño que los que temen por sus vidas estén dispuestos a seguir normas que pueden ayudarlos a conservarlas. Sin duda, es por la ley de la razón por la que, según Hobbes, estamos dispuestos a sacrificar parte de la libertad natural y aceptar las leyes positivas. Pero incluso hablando de la pura vida biológica, al estilo de Hobbes, no ya de la vida biográfica, ¿la protege mejor el totalitarismo autoritario que la democracia, sea liberal o liberal-social?

[...]

Ciertamente, para cuidar de la vida podría parecer que el autoritarismo es más eficiente que la democracia, que conviene apostar por la seguridad frente a la libertad. Sin embargo, lo cierto es que el autoritarismo no sólo es *iliberal*, no sólo atenta contra la libertad, no sólo es represor, sino que también es *ineficiente* para salvar vidas: oculta las muertes y abandona a su suerte —a su mala suerte— a los vulnerables. Algo que es urgente recordar cuando se está produciendo la tercera ola de autocratización, que alcanza a noventa y dos países, el 54 % de la población global, según el V-Dem Institute. Cultivar un *êthos* democrático es imprescindible, desde la defensa de la dignidad de todas las personas, sin diferencia de edad, capacidad o estatus social.

Apostar por la seguridad frente a la libertad no es el camino para respetar los derechos humanos y caminar hacia la paz. La obediencia no es una virtud del ciudadano democrático que haya que cultivar. El autoritarismo y el totalitarismo son letales. Como bien dijo Alan Westin, “las dictaduras quieren un poder opaco y un ciudadano de cristal, mientras que las democracias prefieren un poder transparente y un ciudadano opaco, en el sentido de que sea favorecida su privacidad”.

El mejor camino consiste, pues, en no plantear falsos dilemas, que es lo que desean los totalitarios de uno u otro signo, sino en encontrar soluciones para los problemas concretos».

pp. 58-61

CAPÍTULO 5: NO HAY VIDA SIN BUENA ECONOMÍA

6. Luces y sombras de la televida

«En estos tiempos de coronavirus, los medios telemáticos permiten mantener la conexión con familiares, amigos, conocidos, celebrar encuentros, participar en congresos, comprar, teletrabajar, dar y recibir clases, asistir a celebraciones culturales, seguir en contacto con los médicos. El paso nefasto de temporales como Filomena no ha hecho sino reforzar la necesidad de esa televida. Qué duda cabe de que sin internet nada de esto sería posible.

[...]

Sin duda, el confinamiento multiplicó hasta extremos insospechados la experiencia del teletrabajo, la teleeducación, la telemedicina o el “teleocio”, haciendo de la necesidad virtud y con el agradecimiento debido a los inventores de estos medios. Pero lo más apasionante o lo más inquietante, según se mire, es el futuro de estas formas de relación virtual, porque algunos las ven como un sucedáneo útil en tiempos de emergencia al que recurrir como complemento en tiempos de normalidad, nunca como un sustituto; mientras que, según otros, es una posibilidad de transformar el modelo productivo, con grandes ventajas, como ahorrar movilidad y energías, mejorar el medio ambiente o propiciar que los urbanitas se trasladen a las zonas rurales, llenándolas de vecindario y de vida.

[...]

Tal vez entonces la pregunta ineludible es si apostar por la televida para siempre es una opción inteligente, ganando terreno a la vida presencial, o, por el contrario, conviene averiguar en qué actividades puede resultar fecunda y bajo qué condiciones, en cuáles ni siquiera puede asumirse y quiénes pueden estar interesados en cada caso en que la vida se transforme en televida. Por el momento, amén de una parte del mundo del espectáculo, tres sectores están siendo especialmente relevantes: el sanitario, el educativo y el empresarial».

pp. 83-85

CAPÍTULO 8: CUIDAR LA PALABRA

2. Construcción ideológica de la realidad. Posverdad y significantes vacíos

«Como sabemos, los bulos son noticias falsas, propaladas con algún fin, cuyo emisor podría identificarse, aunque se necesitara para lograrlo mucho esfuerzo. Las noticias sobre la implicación de potencias extranjeras en elecciones y en acciones violentas en una inusitada cantidad de países, entre ellos España, son una prueba palmaria de ello. La posverdad, por su parte, es una “distorsión deliberada que manipula emociones y creencias con el fin de influir en la opinión pública”, una práctica usual de los demagogos. En realidad, son mentiras, consisten en decir lo contrario de lo que se piensa con intención de engañar, buscando provecho propio, y están distorsionando la vida social y política.

El mecanismo es sencillo. Se trata de diseñar un marco de valores simple, esquemático, desde el que los oyentes puedan interpretar los acontecimientos y en el que sólo juegan dos equipos, nosotros y ellos. No importa si hay dos partidos políticos o veinte mil fragmentados, la ancestral contraposición amigo-enemigo sigue siendo rentable para dotar a la ciudadanía de una identidad, sea desde la presunta izquierda o desde la presunta derecha. La creciente polarización de la escena política y social hace que la competencia se exprese en emociones binarias de simpatía/antipatía ante discursos, conductas y símbolos, cuando el pluralismo político reclama, en palabras de Ignatieff, como ya hemos mencionado, “respetar la diferencia entre un enemigo y un adversario. Un adversario es alguien al que quieres derrotar. Un enemigo es alguien al que tienes que destruir”. Concebir la política como el juego de la guerra entre enemigos irreconciliables y contribuir a la polarización de la sociedad es lo más contrario a la busca del bien común, que es la meta por la que la política cobra legitimidad.

A todo ello se añade la profusión de prácticas que defienden la legitimidad de utilizar en el debate público términos con significantes ambiguos o vacíos, pero con una connotación positiva para la ciudadanía; significantes que permiten construir identidades con narrativas emocionalmente atractivas, aunque nada tengan que ver con los hechos. Se apela entonces a palabras biensonantes, pero carentes de contenido, para que puedan utilizarse a conveniencia del hablante».

pp. 119-120

CAPÍTULO 10: ÉTICA COSMOPOLITA. EL MOMENTO KANTIANO

1. Desde la cordura

«El mensaje desde el universo del que hablaba Schumacher recordando que los problemas planetarios no se resuelven multiplicando las técnicas, los medios, sino priorizando los mejores fines, apuntaba ya a la necesidad de construir una suerte de ética global, planetaria, encargada de discernir cuáles son esos fines.

[...]

Ciertamente, el conjunto de la humanidad y de la naturaleza está siendo afectado por el proceso globalizador, pero sólo los seres humanos pueden tomar conciencia de que son afectados y decidir qué fines prefieren, de ahí que una macroética, una ética global o una ética planetaria debería tomar la forma de una *ética cosmopolita*, que incluye a todos los seres humanos como sujetos agentes de las decisiones sobre los fines que se deben priorizar. Pensando no sólo en ellos, sino también en la naturaleza y los animales, con los que han contraído un compromiso de cuidado y responsabilidad porque tienen un valor, pero carecen de capacidad de decidir. A pesar de Martha Nussbaum, ninguna ética sensata puede incluirlos entre quienes toman las decisiones, pero sí entre los seres que deben ser cuidados.

Y es este tipo de ética el que aconseja asumir la cordura, esa virtud alejada de la *hýbris*, de la desmesura, pero también del encogimiento y el conformismo pacatos. El coraje de hacer frente a los retos exige esa virtud de la razón, a la vez cordial y lúcida, que es un injerto de la prudencia en el corazón de la justicia.

La necesidad de una propuesta semejante tiene una larga historia, pero se hace todavía más patente en tiempos de globalización: quienes son afectados por el proceso globalizador, para mal y para bien, tienen que poder ser protegidos de sus malas consecuencias y a la vez beneficiarios de sus ventajas, y precisamente por eso los afectados con capacidad de decisión sobre la forma de llevar adelante el proceso tienen que ser de algún modo sujetos agentes del mismo, han de tener en él una voz significativa y, además, contar con el bagaje material y cultural necesario para hacerlo.

Se trata, pues, de proseguir el secular proyecto de una suerte de sociedad cosmopolita, contando con el legado histórico, con la situación presente y con las piezas de las que ya disponemos para construirla, que son muchas. Y se trata también de señalar los principales obstáculos.

No es extraño que, desde hace tres décadas al menos, coincidiendo con la agudización del proceso globalizador, la bibliografía sobre cosmopolitismo haya aumentado prodigiosamente, arrojando un volumen abrumador en distintas versiones: moral, legal, política, epistemológica, económica y cultural».

pp. 143-144

2. ¿Qué es el cosmopolitismo?

«Caracterizar el cosmopolitismo no es fácil, dada la gran cantidad de formas que reviste, pero básicamente se refiere a la idea de que los seres humanos pertenecen a una única comunidad, en la que todos deben ser incluidos y que debe ser cultivada. Este *núcleo nebuloso*, por usar la expresión de Pauline Kleingeld, puede precisarse como la creencia y la teoría de que todos los seres humanos, sea cual fuere su raza, género, religión o filiación política, pertenecen, o deberían pertenecer, a una sola comunidad. Así lo entendió ya el estoicismo al señalar que todos los seres humanos forman parte de dos comunidades: aquella en la que nacen contingentemente y que se construye desde la disyuntiva entre “los ciudadanos de la polis y los que quedan fuera”, y la cósmica, en la que todos están inscritos esencialmente, porque gozan de la razón, que los hermana. La comunidad cósmica —que no cosmológica— incluye a todos los seres humanos como ciudadanos del mundo, es incluyente.

Naturalmente, la concreción de qué es lo que hermana a los seres humanos ha ido cambiando a lo largo de la historia, acogiendo también sentimientos y emociones, como hemos visto, no sólo la razón, la capacidad de los seres humanos de ser agentes, sino también su vulnerabilidad. Desde un punto de vista filosófico, el cosmopolitismo ha sido contemplado desde distintas perspectivas: estoica, iusnaturalista, kantiana, utilitarista, dialógica, teológica, entre otras. De ahí que se entiendan de diverso modo tanto la concepción misma como la forma de cultivarlo. Pero podrían asignársele cuatro rasgos comunes: 1) es global, no internacional; 2) incluye elementos de un universalismo normativo, porque todos los seres humanos tienen igual estatus moral y comparten características esenciales; 3) se focaliza en las personas, en los ciudadanos del mundo, y no en las naciones, tribus o pueblos; 4) la comunidad global ha de cultivarse intentando comprender las culturas diferentes de la propia y convivir con ellas, acogiendo un cosmopolitismo cultural. No se trata de apostar por una sola cultura, sino de considerar la diversidad como un valor».

pp. 146-147

CAPITULO 11: UN COSMOPOLITISMO ARRAIGADO Y CORDIAL

1. Justicia global en el siglo XXI

«Se habla en estos días de la necesidad de un nuevo contrato social verde, interno a cada uno de los Estados, y, sin embargo, para responder a los retos globales hace falta algo más: es ineludible potenciar o bien una gobernanza global, o bien una sociedad cosmopolita, o una articulación de ambas, que es —a mi juicio— el camino adecuado. La gobernanza global, propuesta por la ONU, permitiría distribuir con justicia bienes públicos, pero continúa centrada en la capacidad de la comunidad internacional, en la interacción entre los distintos Estados, asumiendo también el potencial de la sociedad civil. A mi entender, hoy por hoy puede ser la forma de ir construyendo esa suerte de Gobierno mundial que haga posible una ciudadanía cosmopolita, sea a través de la creación de un Estado mundial, sea a través de la articulación de uniones supranacionales que compartan la soberanía con los Estados nacionales. Un Estado cosmopolita democrático. Es éste un proyecto para el que ya existen una buena cantidad de mimbres».

pp. 160-161

Para más información:

Paloma Cerdón

934 928 633 - 699629430

pcordon@planeta.es

Guillem Duran

934 928 442

especializadas@colaborador.planeta.es